

## RESEÑAS

**René de Costa, *Humor in Borges*. Detroit: Wayne State University, 2000. 145 pp.**

Según René de Costa, “los escritos de Borges no son ocasionalmente divertidos, salpimentados con un poco de comicidad aquí y allá. Más bien, en toda su obra y a través de toda su carrera hay un lado oculto donde lo encontramos aprovechando las posibilidades del humor, desde el más refinado ingenio hasta el más bajo de los chistes escatológicos. Llevando a sus lectores de lo sublime a lo ridículo, a menudo dentro del espacio de una oración, y a veces a través de la más elaborada de las construcciones literarias. Sin embargo, los comentarios eruditos y críticos sobre la obra de Borges rara vez (si acaso) se ocupan de su humor, prefiriendo pasarlo por alto para ocuparse de cosas supuestamente más serias como sus temas filosóficos, sus tomas de posición política, social y cultural, su estrategia narrativa, su cosmopolitismo, sus espejos, sus laberintos, su concepto de la literatura, la cultura, Dios o el universo [...] y ahora que ha muerto, su vida amorosa o falta de ella” (9). Por eso, Costa decidió agregar “otra dimensión a nuestra apreciación de Borges de modo que una nueva generación de lectores pueda apreciar su humor” (10). A mí Borges siempre me resultó divertido, pero tal vez no le falte razón al profesor de Costa. Por ejemplo, el prestigioso hispanista italiano Roberto Paoli publicó hace años en esta revista un lúcido artículo sobre “Borges y Schopenhauer”, en el que rastrea, en la prosa del escritor argentino, algunas ideas del filósofo alemán, pero no menciona los chistes de corte schopenhaueriano que Borges hizo a menudo.

El alemán es recordado por su definición de las mujeres como criaturas “de cabellos largos e ideas cortas”, y Borges escribe en “El Zahir” que a Teodelina Villar “La guerra le dio mucho que pensar”, [pues] “Ocupado París por los alemanes ¿cómo seguir la moda?”. Y en “El Aleph” hace varios comentarios parecidos sobre Beatriz Viterbo. También mostró cierta misoginia cuando alguien le informó que una de sus alumnas era hija de Concepción Guerrero, la callada jovencita de pelo y ojos negros de que alguna vez estuvo “enamoradoísimo” (79), según María Esther Vázquez, pues dijo que “La idea de ir a la universidad nunca le pudo haber venido de su madre” (*Borges, esplendor y derrota*. Barcelona: Tusquets, 1996; p. 86).

Algunos capítulos de este libro se ocupan de mostrar cómo Borges se burló alguna vez de un entrevistador chauvinista, o de otros escritores. Otros están dedicados a *Ficciones* y *El Aleph*, a sus primeros relatos y a las últimas ficciones. Y lo que hace el profesor de Costa es simplemente “citar algunos pasajes de su obra” que le parecen especialmente divertidos, “señalando la presencia y función de algunas ambigüedades textuales que podrían pasar inadvertidas” (10). Así, trata de analizar los chistes de Borges sin una base teórica. Deforma las ideas de Bergson, pues escribe que el filósofo “atribuye todo a la mecanización del hombre moderno” (18), aunque éste sólo escribe que la risa señala siempre la presencia de “lo mecánico en lo vivo” y cumple una función útil debido a que la sociedad –que aspira a ser dinámica y elástica– fustiga a quienes no cumplen con ese cometido. También distorsiona las ideas de Freud, que en *El chiste y su relación con lo inconsciente* distingue la *tendencia* y la *técnica* de los chistes. Aunque señala que “el tema de lo que hace a los chistes divertidos ha dado lugar a una pujante industria, que ostenta sus propias revistas académicas (*Humor* y *Humor Studies*), toda una organización profesional (la International Society for Humor Studies) y la colección “...de la Wayne State University de la que forma parte [su] libro” (18), la verdad es que todos esos trabajos no parecen aportarle gran cosa, pues sólo anota que “Para muchos teóricos del siglo XX, desde Freud hasta Arthur Koestler... y Victor Raskin..., el humor es siempre agresivo en última instancia, porque los chistes se hacen siempre a costa de alguien” (112). Y así no distingue, por ejemplo, la sátira, que tiene un elemento moralista y que por eso implica un juicio de superioridad, de la ironía, donde la ambigüedad de los enunciados

simplemente capta la naturaleza contradictoria de la realidad sin llegar a soluciones finales.

Por lo anterior me parece que René de Costa no comprende la esencia del humor borgeano, que a mi modo de ver implica una multiplicidad de puntos de vista y un contraste axiológico, pues cuando Borges escribe que “La guerra le dio mucho que pensar [a Teodelina]”, y a continuación explica por qué, expone los valores de esa mujer que contrastan con el consenso, y lo mismo pasa cuando Don Nicanor Paredes le dice a Borges: “Yo he estado muchas veces en la cárcel, pero siempre por asesinato”. Dentro de los delitos, el homicidio es uno de los más graves, pero no a criterio de Paredes, porque su escala de valores es diferente. Para él, robar es algo vergonzoso, pero matar a otro hombre en una pelea a cuchillo no lo es. Lo que le quiere explicar a Borges es que él es una persona decente, un hombre que se ha visto obligado a defender su honor y a defender su vida y que, como pudo morir, tuvo que matar. También Rosendo Juárez explica que “las elecciones eran bravas entonces” y que él fue “un agente electoral de valía”, y Otto Dietrich zur Linde asegura que como subdirector de un campo de concentración “no pequé nunca de negligencia”. Todos estos personajes tienen valores diferentes a los nuestros y en sus declaraciones entrevemos una realidad muy distinta. No hace mucho José Miguel Oviedo me contó que un admirador se encontró a Borges en la calle y para rematar una enumeración de elogios lo calificó de inmortal. “No sea pesimista”, replicó Borges, dando otra muestra de este tipo de chistes. Con razón señala Donald Shaw que los cuentos más originales de Borges “son de alguna manera parábolas o apólogos que ilustran el desmoronamiento de las viejas certezas racionales o fideístas” y sus chistes expresan “la conciencia serena y juguetona que tiene Borges del absurdo como parte integral de la condición humana” (*Nueva narrativa hispanoamericana: Boom, posboom, posmodernismo*. Madrid: Cátedra, 1999; p. 38).

De acuerdo con Pavese, “El gran arte moderno es siempre irónico” y la obra de Borges no es la excepción. La caricatura de Teodelina Villar puede parecer satírica si la sacamos de contexto, pero resulta irónica cuando leemos que el narrador se enamoró de ella, “movidó por la más sincera de las pasiones argentinas, el snobismo”. Por eso me parece que algunas obras como la *Retórica de la ironía* de Wayne C. Booth le hubieran permitido profundizar a René de Costa. De cualquier modo, su libro resulta útil como

recordatorio de un aspecto de la obra de Borges que no ha recibido atención crítica y que hace falta estudiar más detenidamente.

*Juan José Barrientos*  
Universidad Veracruzana